

miento y la destrucción de un gran pueblo, la degeneración de una parte de la humanidad.

Porque los indígenas humillados, perseguidos, amenazados, convertidos hasta en bestias de carga, se retiraron de las ciudades a los bosques.

El sentimiento de independencia, tan natural en el hombre, fué la primera causa de este aislamiento. Los ascendientes de estas familias vivieron en medio de la ignorancia; y de aquí proviene la decadencia progresiva de sus descendientes.

Los que permanecieron al lado de los españoles, humillados y envilecidos por la servidumbre, que gasta y domina los mas nobles caracteres, degeneraron aun mas rápidamente.

De esta manera la raza indígena ha permanecido aislada, conservando su idioma y una mezcla confusa de su antiguo traje y sus tradiciones.

Hay poblaciones enteras de indígenas, especialmente en el interior de la República, que conservan sus usos y costumbres, y que ejercitan todavía muchas prácticas idolátricas, aunque disfrazadas con un leve tinte de cristianismo.

No se han hecho esfuerzos por civilizar a la raza indígena y mezclarla con las otras. Los curas, que deberían ser los encargados de esta obra, jamas piensan en ella, sino que se contentan con vivir lo mas tranquila y cómodamente que pueden, procurando no chocar con las preocupaciones de sus feligreses.

Gracias a la dominación que han sufrido siempre, los indígenas son desconfiados, recelosos, tímidos, suspicaces y avaros; sin embargo, tienen muy buen corazon, y cuando un indígena con el roce de las gentes llega a perder su desconfianza habitual, es un hombre dulce, amoroso, servicial, fiel y deseoso de instruirse.

La población indígena de los pueblecillos que circundan a México, es muy variada, y sus habitantes, un poco civilizados con el trato y las relaciones comerciales, son afables y humildes.

Su traje es pintoresco, pero miserable: el defecto de que el indio jamas se cura, es la avaricia. Atesora cuanto gana, lo esconde bajo tierra y pasa su vida comiendo maíz cocido, y vestido de una tela de lana que él mismo teje. No es raro que al morir deje cantidades muy regulares.

Las mugeres que trabajan mas que los hombres y que recorren distan-

COLEGIO DE MINERIA.

Uno de los edificios mas hermosos que hay en México y que llaman con justicia la atención de los viajeros europeos, es el colegio de Minería, construcción por el célebre Tolsa.

La minería, que ha sido la principal fuente de riqueza en nuestro país, no vino a formar un cuerpo unido, a imitación de los consulados de comercio, sino en 4 de Mayo de 1777, en virtud de real cédula de 1.º de Julio del año anterior: los mineros pretendieron establecer un banco de avío para el mejor cultivo de las minas; crear un colegio de metalurgia para prácticos, que construyesen máquinas y ejecutasen otras operaciones de la facultad, y contar para fondos de estos establecimientos, con el importe del derecho de señoreaje que pagaban duplicadamente sus metales. El gobierno español accedió a su pretension, en la real cédula citada. Con arreglo a las prevenciones contenidas en las Ordenanzas del ramo, se procedió a la formación de un plan para la apertura y conservación del colegio, cuyo principal objeto fué que la minería "nunca dejase de tener sujetos conocidos y educados en buenas costumbres, e instruidos en toda la doctrina indispensable para el acertado laboreo de las minas."

Aprobado el plan, procedióse a la inauguración del colegio en 1.º de Enero de 1792. Formaban a la sazón el tribunal general de minería, los Sres. D. Fausto de Elhuyar, director; D. Ramon Luis de Liceaga, y D. Antonio Barrero y Torrubia, diputados generales, y el marqués del Apartado, consultor mas antiguo. Dióse posesión de rector al presbítero Dr. D. Francisco Julian Benedicto y Martín de vice, al Br. D. José Rafael Gil de Leon; de catedrático interino de matemáticas, al capitán D. Andrés José Rodríguez, de maestro de idioma francés, a D. Mariano Chanin; de

cias muy grandes para venir a vender a México alguna miserable mercancía que cargan a cuestas en compañía de sus hijos pequeñuelos, visten generalmente una tela de lana azul, enredada en la cintura, que cae hasta la garganta del pie. El complemento de este vestido, es una manta de otro color, cuadrada, con una abertura en el centro, por la cual pasan la cabeza y que cae adelante y atras, dejando espedito el movimiento de los brazos.

El traje de los hombres varía, desde el simple calzon blanco, como lo lleva el indígena que carga cañas de maíz, hasta las calzoneras de cuero de venado del anciano, que con un huacal en la espalda viene a vender gallinas. Los indígenas mas miserables, visten solamente la calzonera de cuero. Todos usan el sombrero tendido de palma tejida.

La piel de los indígenas es cobriza, su cabello negro, reluciente y lacio. Los ojos son negros, los dientes muy blancos: tienen la ceja tupida y carecen de barba.

La condición de los indígenas, especialmente la de los trabajadores en las haciendas, es verdaderamente miserable. Nosotros desearíamos que se dictaran medidas eficaces y meditadas, a fin de mejorar su suerte, de instruirlos, educarlos y elevarlos al rango de ciudadanos. La República ganaria mucho con esto.

Sea como fuere, los indígenas son muy útiles. Ellos son los que proveen a México de vituallas, de carbon, y de mil objetos de primera necesidad.

Podría hacerse un tomo describiendo los rasgos característicos de los indígenas, su idioma, que prefieren al español, el traje que usa cada clase, por decirlo así, y sobre todo, los gritos de los diversos vendedores.

Nosotros nos remitimos a casi todas las estampas, en las cuales los dibujantes han tenido que cuidar de *daguerrotipar*, perdon por el verbo, la población de esta capital, desde la escogida que concurre al templo y el paseo, hasta la ínfima que circula por las calles. Allí verán al indígena, en sus mil variaciones: ora con sus inmensos tercios de carbon en las espaldas, ora volviendo de una peregrinación religiosa, con la estampa de un santo en un rústico estandarte de ramas: tan pronto arreando a un burro, compañero inseparable de sus trabajos y emblema de su condición, como trabajando la tierra ó comerciando.

FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

dibujo natural, a D. Bernardo Gil, y de dibujo de planos de toda especie, a D. Estéban Gonzalez.

El sitio donde ahora se halla el colegio, era entonces conocido bajo el nombre de "Casa de los Mascarones ó de Nilpantongo;" su escritura de venta, fué otorgada en 14 de Marzo de 1793, y en 16 de Marzo de 1797 presentó el arquitecto D. Manel Tolsa, a la junta de consultores, el proyecto del nuevo edificio, cuyo presupuesto ascendía a 217,617 pesos 3 reales. Se acordó llevar al cabo la obra, nombrando director de ella a Tolsa, con 2,000 pesos anuales de sueldo, y administrador, al maestro de dibujo Gonzalez, con 1,200 pesos. Pero en 2 de Junio siguiente, habiéndose previsto algunos obstáculos para lo futuro, se acordó variar el plan de la obra, y presentó D. Manuel Tolsa un nuevo proyecto, con arreglo al cual está construido el edificio. La obra, continuada con una breve interrupción, terminó en 3 de Abril de 1813, y su costo, según la tradición, parece haber sido de millon y medio de duros, si bien muchos creen que forman parte de esta suma los costos de algunas reparaciones hechas posteriormente a la conclusión de la obra.

En el mismo año en que terminó ésta, había ya una gran cuarteadura en uno de los ángulos de la escalera principal, y a cuya reparación parece que se dió principio en 1816. En 1824, los arquitectos D. Joaquín Heredia y D. José Agustín Paz, presentaron para la reparación del edificio dos presupuestos; uno de los cuales ascendía a 400,000 pesos, y el otro, a 120,000; pero según el plan, dicha reparación haría perder al edificio mucha parte de su hermosura. Según leemos en el "Diccionario Universal de historia y de geografía," cuando el establecimiento se encargó en 8 de

Enero de 1827, de todos los ramos de su administración, el edificio se hallaba en estado de ruina, que hizo indispensables distintas composturas; no obstante las cuales, en 1830 tuvieron principio varios desplomes y cuarteaduras, haciéndose oír fuertes crujidos que alarmaron, no solo a los habitantes del colegio, sino tambien a los de las casas vecinas, quienes promovieron gestiones judiciales para el remedio del mal que les amenazaba. Entonces se trató hasta de demoler el edificio, por no creerse posible erogar las grandes sumas que exigía su reparación; pero el ingeniero Mr. Antoine Villard, ofreció llevarla al cabo conservando todas las formas de la fábrica, mediante un costo de 97,435 pesos, y aunque el gobierno no tuvo a bien autorizar al establecimiento para que efectuase la obra, esta se comenzó y llevó al cabo, hasta dejar el edificio en el buen estado en que hoy lo vemos.

La fachada del colegio mira al Norte, en la calle de San Andrés, y según las noticias publicadas en el "Mosaico mexicano," tiene 107 varas de

estension: uno de los flancos del edificio dá al Oriente en el callejon de Betlemitas, y tiene cerca de 109 varas; el otro dá al Poniente en el callejon de la Condesa, y tiene 765 varas. El edificio ocupa una superficie de 10,835 varas cuadradas. El piso bajo tiene 7 patios, 5 fuentes, 5 escaleras y 76 piezas; los entresuelos, 1 fuente, 4 escaleras y 75 piezas; el piso alto, 3 fuentes, 2 escaleras y 82 piezas; las azoteas, 2 fuentes, 2 escaleras y 5 piezas; total: 7 patios, 11 fuentes, 13 escaleras y 238 piezas.

En cuanto a la magnificencia artística del edificio, la vista litografiada del Sr. Deaen hará desde luego concebir una idea exacta a los extranjeros que no hayan visitado nuestro país.

Dirémos tan solo, que los buenos resultados de este establecimiento, se han hecho sentir notablemente en el ramo de minería, y que el colegio cuenta entre sus discípulos y catedráticos, nombres tan ilustres como el del Sr. D. Andrés del Rio, cuya reputación científica es hoy universal.

VICENTE SEGURA ARGÜELLES.

TRAJES MEXICANOS.

Muy mal juzgada ha sido siempre la clase pobre de México; tan pronto se la pinta perezosa y depravada hasta el cinismo, como indiferente ó fanática. Quien vé en cada *lépero* un ladrón astuto; cual otro un sér enteramente inútil, del cual no se hará nunca una entidad moral.

[Error! injusticia! ignorancia!]

Jamas pueblo alguno ha sido tan calumniado como el de México; y jamas tampoco ha habido otro que presente elementos mejores para llegar a un grado notable de civilización y mejora.

Hijo de los trópicos, criado en medio de una naturaleza tan abundante y hermosa, su imaginación es ardiente y su entendimiento claro. Su carácter es suave, dulce, sociable, y sus costumbres puras; pues nuevo el país, no ha habido en él esos grandes ejemplos de inmoralidad y depravación que en otros países se infiltran entre las masas como un veneno.

Si el pueblo carece de instrucción, es porque ocupados los gobiernos que se han sucedido desde la Independencia acá, en cuidar esclusivamente de su precaria existencia, no han pensado en disipar las tinieblas de la ignorancia del pueblo; y su existencia ha sido precaria, precisamente porque no han sabido cuidar y proteger al pueblo, que es el soberano en las naciones.

Es indolente por la misma prodigalidad de la naturaleza, y porque su alma poética y ardiente, le impele mas a vivir de los sentidos que del trabajo.

Pero con un gobierno paternal, ilustrado y fuerte para dar algunos años de paz a la República, el pueblo mexicano llegará a ser grande, ilustrado y sumamente productor; pues su aptitud para toda clase de trabajo es asombrosa.

El instinto de la moralidad está muy desarrollado en él, y el número de criminales es comparativamente mucho menor, que el de cualquiera otro país, sea el que fuere.

El pueblo mexicano es muy afecto al culto exterior de la religion católica, y fomentado este gusto por los sacerdotes, que lo emplean como recurso, ha llegado a ese grado de fanatismo, que justamente se le censura.

El mexicano es valiente y sufrido, y cuando viste el uniforme militar, es excelente soldado.

Ama a su patria, y le hemos visto defender el terreno de la capital, palmo a palmo y sin armas, el 13 y el 14 de Setiembre de 1847; ama a su familia y educa a sus hijos con admirable constancia, procurando elevarlos, porque ha comprendido los tormentos de la ignorancia. Si le veis egoísta en algunos momentos solemnes para la República, ¿no ha de disculparsele cuando tantas veces ha sido víctima de los ambiciosos é intrigantes?

Que haya paz y protección para el pueblo, y le veréis grande.

¡Escuelas y talleres, he aquí lo que necesita!

Instruido, y sabrá apreciar su libertad.

Hacedlo trabajador, y sabrá hacer respetar sus derechos.

El pueblo mexicano, resto confuso de las diversas clases que el gobierno colonial no tuvo el talento ó la voluntad de fundir, se compone de muy

diversos elementos, que varían en traje, en modo de vivir, en sentimientos, y hasta en el idioma.

Hay la clase indígena, que conserva muy degeneradas sus tradiciones y que se ocupa en el comercio pequeño de carbon, de frutas, de legumbres; clase miserabilísima que se contenta con una ganancia muy corta por todo un día de trabajo, y que parte por la tarde a pernoctar en los pueblecillos cercanos. Casi desnuda esta raza, abatida, miserable, oprimida y despreciada, necesita para levantarse la acción del galvanismo social.

Hay el *lépero*, propiamente dicho, hijo de la ciudad, criado en ella, verdadero lazzaroni mexicano, sin industria, sin amor al trabajo, indolente, perezoso, amigo del sol y de los licores, que vive por milagro, cuando no por el robo ratero. Este viste un calzon ancho de manta, una frazada al hombro y sombrero de *petate*.

Hay el artesano, que sea cual fuere su industria, se conoce luego por su vestido, mas esmerado y su continente tranquilo. Trabaja toda la semana, y preferiria pasar encerrado en el taller el domingo, con tal de ir libremente a gastar el producto de su trabajo, en mugeres y pulque, el lunes.

El mexicano es esencialmente gastador, y todo gobierno que quiera mejorar su clase, debe comenzar por crear en él hábitos de economía y amor a la propiedad.

Los trabajadores del campo, los arrieros, los albañiles, ferman una clase aparte; y los que se dedican al servicio doméstico, hacen la mayoría.

El traje del pueblo mexicano es pintoresco y hermoso. Mirad al rancho montado en un hermoso corcel, con su calzonera de cuero de venado y su bota de campana; su cotona chapeteada de plata, y su ancho sombrero con toquilla de chaquirá.

Vedle en los días de gala, sustituyendo la calzonera de cuero con una de pana, con anchos botones; la cotona tornada en chaqueta de finísima gamuza, con mas adornos de plata que un altar, y por complemento, el pañuelo encarnado en el cuello.

A su lado va la muchacha, porque el mexicano es como los caballeros andantes, que tienen su Dios y su dama, con la enagua de seda bordada, luciendo el piececito calzado de raso, y cubierta la cabeza con el rebozo de bolita; y juntos, antes de dejar de persignarse, que salir el domingo a comprar la fruta a la plaza, en compañía del retoño, tipo copiado del padre.

El zarape, es en la mayoría una parte indispensable del vestido, y aun cuando haga un calor abrasador, el leperillo se pasea envuelto en su jorongo, pintado de mil colores.

La litografía que representa la esquina de Palacio y la calle de Flamencos, es un cuadro acabado, y no sabemos qué llame mas la atención, si la rechoncha frutera, copiada del natural, ó el grupo del costeño que vende cacahuates, y el muchachito de cinco años que le compra un tlaco. ¿Qué necesidad hay de nuestras pobres y lánguidas esplicaciones, cuando la verdad salta a los ojos?